

Isabel Sánchez

MUJERES BRÚJULA

EN UN BOSQUE DE RETOS

Ideas para superar la adversidad




ESPASA

ISABEL SÁNCHEZ

MUJERES BRÚJULA EN UN BOSQUE DE RETOS

Ideas para superar la adversidad

ESPASA

© Isabel Sánchez, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

La autora destinará parte de los beneficios obtenidos por la venta de este libro al Programa Becas Guadalupe, que permitirá a cien científicas africanas investigar en universidades españolas o africanas y revertir luego lo aprendido en la mejora de sus respectivos países (<https://www.harambee.es/descripcion-del-programa-de-becas-guadalupe/>).

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito Legal: B. 12.496-2020

ISBN: 978-84-670-6011-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com

www.planetadeloslibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*

Impresión: Unigraf, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Editorial Planeta

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

ÍNDICE

<i>WARNING!</i>	13
RETO 0: #ENTENDERNOS	19
Claves de vuelo	19
Marcando ruta	20
Puesta a punto	22
Capaces de conocer y reconocer	23
Relacionales y cósmicos	26
Libres para amar	27
Hechos para la fiesta	30
Modos de transitar a lo humano	32
RETO 1: #ENCONTRAR EL NORTE	35
Mujeres brújula	35
Cifras que impactan, rostros que claman	38
Purificar la mirada	40
Manos a la obra	41
Aterrizaje forzoso	44
RETO 2: #EDUCAR	47
Sembrando futuro	47
Educar para la vida	51
Un bien para todos	53
Hasta el último rincón	55

Más sueños para África	58
Un hurra por los educadores	60
Escuelas para el mañana	62
Con agradecimiento a los padres	65
RETO 3: #PAZ	73
¡Minas fuera!	73
En el ojo del huracán	77
<i>Peacemakers</i> en nuestro entorno	81
A la conquista de «mi» paz	85
Una paz con fuste	89
Una pizca de inquietud	90
RETO 4: #TRABAJO	93
La quinta revolución	93
Una nueva era	95
Epicentro: la persona	97
Corresponsabilidad	103
Corrupción cero	107
Inclusión	111
Un panorama repleto de belleza	115
RETO 5: #CUIDAR	119
Joyas en las manos	119
Una nueva encrucijada	126
Cuidados en lo cotidiano	128
Con tiempo para honrarse y celebrar	132
Infundir y extraer coraje	133
Un preciado tesoro	134
¡Abran paso a los robots!	137
RETO 6: #LIDERAZGO	141
Abriendo caminos	141
Con mujeres al mando	142
Lecciones de oro	147
Líderes de a pie	152
Raíces y legados	159

RETO 7: #SOLIDARIDAD	167
Construir juntos	167
En la aldea global	171
Un valioso consejo	177
Solidaridad bajo sospecha	179
Cuando la mona se viste de seda... ..	183
Aclarando ideas	186
Tomas positivas	189
RETO 8: #SOSTENIBILIDAD	197
Dejando huella	197
Un poco de historia	199
Objetivos hechos vida	200
Un coro de voces femeninas	204
¿Y la voz de la Iglesia?	206
Tres desafíos urgentes	212
RETO 9: #TRASCENDER	225
El efecto perspectiva	225
Una mirada trascendente	227
Armando el puzle	229
Cinco fases de un proyecto	231
Rendijas hacia el más allá	236
El gran manantial	240
RETO 10: #ATREVERSE A MÁS	243
Con fuerza de propulsión	243
EPÍLOGO	261
BIBLIOGRAFÍA Y RECURSOS	265

RETO 0: #ENTENDERNOS

*Tan pronto como despegamos sabía que tendría
que volar de ahora en adelante.*

AMELIA EARHART

CLAVES DE VUELO

2 DE DICIEMBRE, 1969. Siempre me ha gustado haber nacido el año en que el hombre llegó a la Luna. Sé que suena a orgullo infantil, pero, a menudo, me ha servido para recordar que los seres humanos estamos hechos para superarnos, para aspirar a más, para romper los límites. Y cuando alguien lo consigue, no importa el campo del que se trate, algo en nosotros triunfa con él.

Desde pequeña me ha intrigado cómo se da esta especie de solidaridad espiritual entre los humanos y lo encontré muy bien expresado en *La elegancia del erizo*, de Muriel Barbery, en palabras de Paloma, una niña de doce años, protagonista del relato, mientras ve en la tele una retrospectiva del campeonato del mundo de saltos de trampolín. Entre las diferentes pruebas, una le llama especialmente la atención: los saltos dobles y, en concreto, el de dos chinas esbeltas y graciosas que se disponen a saltar mientras todo el público contiene el aliento. Las primeras milésimas de segundo fue perfecto y Paloma llegó a sentir la perfección de esos

movimientos en su propio cuerpo. Sin embargo, al instante, se produce un ligero desfase y la frustración se apodera de todo el público. ¡Una va a entrar en el agua antes que la otra! ¡Es horrible! «De repente —habla Paloma— me vi a mí misma gritando ante el televisor: ¡pero alcánzala, vamos, alcánzala!». A este punto, la protagonista del libro y yo estamos totalmente compenetradas, acaloradas por el esfuerzo, enrabiadas contra la atleta rezagada y desconcertadas ante nuestra reacción: ¿el movimiento resultará sincronizado? ¿Por qué nos alegra tanto el logro de los demás? ¿Por qué nos inspiran las historias de hazañas humanas?

20 DE JULIO, 2019. Son las diez de la noche y acabo de apagar el televisor después de revivir la experiencia anterior: he pasado ciento cuarenta y un minutos gritando interiormente al protagonista de la película *First Man*: ¡alcánzala, vamos, alcánzala! El desenlace, sin embargo, ha sido totalmente distinto: muy buen sabor de boca y un montón de preguntas revoloteando en el interior.

MARCANDO RUTA

A menudo he escuchado el audio de Neil Armstrong preparándose para saltar desde la nave espacial a la superficie lunar: «Un pequeño paso para el hombre, un salto gigante para la humanidad». Hoy, para celebrar el aniversario, he querido dejarme contar este fragmento de la historia por Damien Chazelle en *First Man*. Me encanta Chazelle. Suele situarse en un ángulo particular cuando cuenta las historias y te deja con una espuma de preguntas profundas, rescatadas del abismo del corazón del hombre. En este caso narra, no la llegada del hombre a la Luna, sino la llegada de «este hombre concreto», después de haber superado miedos, obstáculos e innumerables desafíos.

Utilizando de modo extraordinario los efectos especiales, presenta una gran aventura científica, patriótica y universal, pero apoyada en la pequeña historia, singular y específica del hombre Neil: esposo, padre, amigo y excelente profesional. Pequeños pasos y grandes hitos se van sucediendo continuamente y nos

muestran dos caras de la misma realidad: el lado más humano de la narración resalta y hace nuestros los logros de una ciencia que crece hasta donde no se había llegado antes; mientras que la excepcionalidad de la empresa sublima y da sentido a los sufrimientos, la introversión y el humorismo de una persona que, como cada uno de nosotros, está lleno de defectos y de audacias.

Mientras avanzaba la historia he notado cómo el mago Damien nos precipitaba no solo al espacio infinito, sino al corazón herido del protagonista en su continuo carearse con la pérdida y el luto, situándonos ante dos abismos: el del espacio cósmico inexplorado y el que hay tras la muerte. Los dos inmensos, desconocidos y profundos. El primer hombre llega a la Luna para conocer mejor el mundo que nos circunda, pero también en busca de un más allá que dé un sentido último a la pérdida de su hija pequeña. En su aventura podemos reconocernos todos: con nuestra finitud, hecha de minúsculos pasos, y con nuestra dignidad, que impulsa hacia lo más grande.

El viaje a la Luna, contado por Chazelle, viene a ser una metáfora de la vida con sus emergentes porqués, su belleza simbólica y sus tonalidades trágicas. En una entrevista, el director explica algo interesante: toda esta gesta se ha narrado cinematográficamente desde dos escenarios principales, que funcionan como vasos comunicantes: la nave espacial —con tremendos desafíos que el astronauta afronta de una manera admirable— y la cocina de la casa de Armstrong, donde el personaje se desvela vulnerable, frágil e inseguro. Será la presencia fuerte y clarificadora de su mujer Janet y de sus hijos lo que ayude al protagonista a recolocar cada revés y desafío vital, y una vez restauradas las fuerzas, a acometer de nuevo las pruebas más arduas.

Me dirijo hacia la ventana. Voy buscando la gran Luna que hoy luce en la noche romana. Una hilera de ideas orbitan en torno a mi cabeza, pero una en particular parece haber encallado en mi mente: se puede llegar desde la cocina a la Luna. Es decir, en medio de nuestra vida —incluso cuando presenta su cara más gris y rutinaria— podemos ampliar horizontes y aspirar a cosas grandes.

De la cocina a la Luna: esa será nuestra ruta.

PUESTA A PUNTO

No he tenido la oportunidad de pilotar un avión, pero, como en cualquier viaje, supongo que será definitivo tener clara la ruta, conocer las claves del vuelo y contar con una buena brújula.

A partir de ahora sugiero explorar algunos de los retos que nos presenta nuestro mundo y mirar a personas que han conseguido hacerlos propios y tomar posición ante ellos. Bastantes de esos personajes son mujeres y lo que me ha llamado la atención es cómo su aportación ha conseguido humanizar su entorno, darle a los problemas un rostro humano y encontrar soluciones en las que brilla el valor de cada persona.

Pero ¿qué es humanizar? O antes: ¿qué entendemos que es el ser humano? Si no nos ponemos de acuerdo sobre estos términos, no se podrán leer estos relatos en la misma longitud de onda. Por eso, como punto de partida, querría compartir las reflexiones que me han ido aproximando a esas respuestas. A menudo han partido de sucesos biográficos y se han enriquecido después con diálogo, educación y lecturas. Desde luego, no son respuestas definitivas ni completas, porque la persona humana sigue siendo un gran misterio. Además, cada pregunta abre nuevos interrogantes. Para empezar por alguna, formulamos las siguientes: ¿cómo transita el mundo un humano?, ¿qué huellas deja a su paso?

Los científicos calculan que el mundo está habitado por unos ocho millones y medio de especies distintas: casi ocho millones de animales, unas trescientas mil especies de plantas y más de medio millón de hongos. Además, convivimos con algas, mohos y protozoos. En definitiva: ¡todo un espectáculo!

Cuando los observamos con detenimiento, admiramos el color y la variedad de las plantas, sus aromas y perfumes; la majestuosidad del vuelo de los pájaros; la rapidez de ciertos felinos; la fuerza de diversos animales... Pero cuando miramos al hombre, descubrimos algo más: podemos definirnos lentos como una tortuga, ágiles como gacelas, delicados como rosas o fuertes como rocas, pero somos más que todo eso. En la persona descubrimos «rostro y corazón», por eso, cada individuo supera a la especie como tal y no puede tratarse como un medio, sino solo como un

fin. Cada persona es como un gran cofre portador de tesoros que provienen de su propio ser. No es que tenga cosas o cualidades, es que su ser brilla y se manifiesta en diversas capacidades que he resumido así: conocimiento, reconocimiento, apertura al cosmos, libertad, amor y capacidad de celebrar. Y todo esto, vivido de dos modos igualmente humanos y dignos: como hombre o como mujer.

CAPACES DE CONOCER Y RECONOCER

Mientras pasa por el mundo, el hombre conoce: por una parte, penetra en la realidad de las cosas, las comprende y, por eso, las domina. Se hace dueño de todo, que no quiere decir tirano despiadado, sino poseedor de su esencia y, por tanto, capaz de nombrar cada cosa; capaz de ciencia. Por otro lado, se conoce a sí mismo y se descubre como un gran interrogante en el conjunto del universo: no le basta solo caminar hacia delante; mientras anda, le martillean y le impulsan unos descarados e insidiosos compañeros de viaje: los qué, por qué, para qué, de dónde, hacia dónde, qué más y hasta cuándo.

Una de mis aficiones favoritas, cuando era pequeña, consistía en devorar una enciclopedia infantil dividida en flamantes tomos azules y en cuyos lomos se podía leer: dime qué es; dime por qué; dime para qué sirve... También me encantaba fisgar los libros de medicina de mi padre para entender las enfermedades, sus síntomas y las posibles curas. Husmear en esos libros, en realidad, se supone que estaba prohibido y no es que me aportara demasiado, pero, al menos, iba sembrando en mi interior la admiración por el hombre y su factura. He pasado muchos ratos frente al gran póster de la anatomía humana colgado en la consulta de mi padre, absorta al ver la complejidad de huesos, músculos y ligamentos.

Más adelante, cuando empecé a estudiar Filosofía, aprendí que nuestro conocer es sapiencial. Recuerdo los apasionados debates con mis compañeras de bachillerato: ¿qué es el tiempo?, ¿por qué la persona se mantiene siendo una, a pesar de tantas mutaciones físicas?, ¿qué permanece?, ¿qué cambia y a qué nivel?

O aún más serios, en la Facultad de Derecho, cuando el profesor de Penal defendía que el hombre enfermo, ya privado de raciocinio, no es verdaderamente persona, pero el ordenamiento jurídico, a través de una ficción, lo protege y defiende.

Necesitamos encontrar el sentido de la vida, porque eso nos instala en la seguridad y la confianza. Si no sabemos para qué estamos, avanzamos como los equilibristas, apoyados sobre un fino cable, oscilando entre inseguridades y miedos. O, peor, zigzagueamos como errantes en la circularidad de avatares sin sentido que acabarán abruptamente contra el muro de la muerte.

Además de conocer, el hombre «reconoce» al que le iguala en dignidad. Advierte una imagen y semejanza entre los demás humanos: somos seres amados y amables. Descubre el rostro y el corazón de los otros, y se ve reflejado en ellos; podríamos decir que transparenta la homogeneidad. El hombre se entiende a sí mismo en los demás, y por eso los descubre como un don y como una tarea. Los otros me completan y me ayudan; me relatan, me dan un nombre. Sin ellos, no puedo construir mi propia identidad.

Y aún más: yo puedo hacer crecer a los demás, protegerlos y cuidarlos. El hombre «reconoce» una solidaridad innata hacia los demás hombres porque, de algún modo, forman parte del tejido de la propia existencia. Entonces puedo edificar la vida sobre la confianza y el respeto, que aseguran también la paz y la armonía. Muchos hemos aprendido de pequeños a saludar a las visitas, a pedir las cosas por favor, a dar las gracias tras cada servicio obtenido, a ayudar a alguien que necesitaba de nuestra contribución.

Me han marcado especialmente dos circunstancias de mi infancia: tener un padre médico y una madre educadora, y crecer en un pueblo. Cuando era adolescente mis amigos de veraneo —muchos de ellos madrileños o de otras capitales de España— se burlaban un poco de mí porque era «de pueblo», pero solía decirles que lo tenía muy a gala y que, para mí, era una enorme riqueza. Vivir en Albox (Almería), una localidad de doce mil habitantes, me había permitido crecer en un pequeño microcosmos que me proporcionó un muestrario de existencias que ellos solo conocían por los libros: ¿le había pasado a alguno de ellos que un chico del colegio robara a su padre, guardia civil, una metralleta y la usara

para disparar contra las cabras que encontraba camino del colegio? ¿Habían tenido alguna vez la oportunidad de presentarse, sin más, en la casa del alfarero, para que les explicara cómo hacía sus vasijas, o en la del panadero, para que les enseñara a hornear pan? ¿Había acampado alguna vez un circo frente a su escuela y habían hablado con chicos artistas para preguntarles, por ejemplo, cuándo estudiaban o a qué aspiraban? ¿Habían espiado, como mis amigos y yo, a pequeños grupos de jóvenes que introducían droga en el pueblo? ¿Habían puesto alguna vez una pequeña tienda en la calle, para vender sencillas artesanías *hechas en casa*, estudiando antes la viabilidad del negocio?

La consulta de mi padre estaba en la parte inferior de la casa. Me impresionaba ver las filas de gente que venían con dolencias variadas. De vez en cuando me producían sobresaltos, como cuando dejaron convulsionándose sobre la acera a un trabajador sobre el que había caído un tractor, o cuando a un empleado de la carpintería vecina la sierra eléctrica le había cortado un brazo. Y siempre, la actitud de ayudar; de salir a cualquier hora del día o de la noche; de atender en los propios domicilios, aunque estuvieran en lugares inhóspitos, o incluso de ir, sin más, a comer a casa de aquellos pacientes que no tenían otro modo de agradecer o pagar.

En un pueblo la vida es variada y multicolor. Solo en el reducido ámbito de mi clase en la escuela tenía mundos muy diferentes. Y porque eran los de compañeros y amigos de verdad, esos mundos eran también míos y ampliaban el propio. Escuchando a los otros entendí, por ejemplo, lo que es tener padres separados, o vivir con una abuela enferma terminal, tener a tu padre en paro, que una hermana se quede embarazada sin querer, que te quemes las piernas haciendo un experimento de química y te angusties pensando qué tipo de vida podrás llevar de mayor.

En un pueblo las interconexiones humanas se hacen evidentes. A cada paso descubres un tío, un primo, un antiguo socio de tu abuelo, un amigo de la infancia de tu padre, una alumna de tu madre... Descubierto el nexo, se hace un clic y ya estás unido con toda la confianza del mundo.

En un pueblo pulsas y gozas el palpitar de la vida: fiestas de matrimonios, nuevos nacimientos, reencuentros familiares, pre-

mios y logros: mucho se comparte. En un pueblo puedes oler y llorar el paso de la muerte, que se hace verdaderamente cercana. Una tarde murió la hija del zapatero, que quizá tenía ocho o nueve años, y me di cuenta de que la vida acababa abruptamente para todos. Otra mañana me impresionaron los gritos de Pura, nuestra vecina, cuando le dijeron que había fallecido su marido en un accidente de coche. Otros días, largos y tediosos, hablaban de personas que se consumían con enfermedades crónicas... En un pueblo notas el hueco que deja la gente mientras se va apagando o cuando se va para siempre: persianas bajadas, silencio en la calle, un establecimiento que ya no se abre más, saludos que no vuelves a oír.

En un pueblo, de algún modo, todo es tuyo y todos son tuyos.

RELACIONALES Y CÓSMICOS

Esto nos lleva a un tercer paso: el hombre capta su dimensión cósmica: se conoce inserto en un gran contexto de relaciones. Casi todo le afecta y no de todo es dueño. Experimenta que su vida solo se puede desarrollar a partir de una herencia biológica y cultural, en relación con otros, y debe ir tanteando los modos justos de crecer y realizarse: concentrarse en las cosas para tener más, o cultivar y desarrollar vínculos sanos para ser más. No siempre es evidente el camino hasta descubrir quién es y qué es lo que engrandece el propio ser, o qué puede empequeñecerlo.

No llegar a entender bien nuestra relación con las personas y las cosas, con el ambiente, con nuestro hábitat, acarrea consecuencias muy perjudiciales. Nos puede situar en posturas de frivolidad, indiferencia y soledad, que repercuten directamente en nuestra alegría o tristeza más profundas.

Cuando a los trece años dejé Andalucía para estudiar el bachillerato en Murcia, me iba feliz. En el coche soñaba con los años llenos de vida que tenía por delante: nuevas amistades, posibilidades de ampliar estudios, otras diversiones... Pasé las dos horas de viaje imaginando la nueva etapa, con una sonrisa en los labios, con ganas de comerme el mundo, entusiasmada con la idea de ir a vivir

a un piso con dos primas universitarias y un hermano un año mayor que yo. No intuía lo que supondría el desarraigo. Tendría que acostumbrarme al nuevo colegio, donde las demás alumnas llevaban ya años; y situarme en los desafíos de la nueva ciudad, como aprender a salvar los ataques de los chicos de un instituto vecino, que esperaban a que saliéramos de clase para acorralarnos e intimidarnos con gritos, empujones y demás. Pero, sobre todo, tenía que aprender a lidiar con la soledad.

Como soy de carácter muy independiente, no calculé lo que puede costar volver del colegio a una casa vacía, ni lo que supone no tener una familia de referencia para mis amigas; por supuesto, sabían quiénes eran mi padre y mis hermanos, pero no tenían ocasiones cotidianas de verlos y compartir con ellos conversaciones, alguna salida o ratos juntos.

En esos años redescubrí el valor de la familia y qué es lo que te da una identidad. Hasta qué punto uno echa raíces en la tierra de la que procede y cómo los paisajes, los edificios, las personas, constituyen un universo de significados y de afectos del que no se puede prescindir de golpe. Me di cuenta también de que muchas de las cosas que me apasionaban anteriormente —el teatro, el voleibol, la poesía, los *scouts*, la guitarra...— no bastaba cultivarlas sin más, en otro contexto, pues el motivo por el que las había disfrutado tanto no era el qué había hecho, sino el «con quién» lo había hecho. Comprendí en qué medida las viejas amistades —se pueden llamar así a los trece años— son una fuente de alegría y seguridad.

Así que tenía una buena tarea por delante: «redefinirme» —aquí no significaba nada ser «hija de..., nieta de...»—, cultivar en la distancia las relaciones anteriores, empezar otras en el nuevo escenario e integrarlas todas en una vida de la que empezaba a llevar las riendas con más autonomía que nunca.

LIBRES PARA AMAR

Llegados a este punto, el humano descubre en sí mismo una capacidad grandiosa: la libertad. Una apertura sin restricciones

hacia sí mismo, constituyendo lo que denominamos intimidad, y también hacia el mundo exterior. La libertad no solo nos permite elegir entre varias posibilidades; nos hace capaces de decidir la actitud ante la vida y nos posibilita amar. Es decir, nos otorga la capacidad de construirnos como personas, pues, al final, seremos lo que hayamos ido eligiendo a lo largo de nuestra historia. Para bien o para mal, cada golpe de libertad va configurando el corazón y el rostro. Gracias a esas decisiones nos hacemos única y originalmente humanos, o única y originalmente monstruos. ¡Es importante acertar!, porque cada hombre no solo se pregunta quién es, sino que debe conseguir responder con hechos a esa pregunta.

La libertad es un don que nos llega con instrucciones de uso: curiosamente, si no aprendemos a utilizarla bien, nos puede convertir en esclavos de adicciones y vicios diversos. Entonces, en vez de lanzarnos hacia la esperanza, nos sumerge en una desesperación escogida.

Los años de facultad fueron para mí cruciales en este sentido. En Valencia me encontré de igual a igual con miles de estudiantes que llegaban, como yo, a una ciudad que no era la suya. En mi primer curso de Derecho, en la universidad pública de Valencia, nos habíamos matriculado ni más ni menos que cinco mil estudiantes. La misma edad, parecidos retos, cierto recorrido vital y muchas ganas de aprender y crecer. Me sentía muy libre: libre del entorno y de lo que pudieran pensar gentes conocidas, libre porque miraba hacia adelante más que preocuparme por el pasado. Libre porque comenzaba a estudiar una materia que no había estudiado antes —Derecho— y en la que tenía todo que aprender, y libre para construir mi identidad de adulta, pues para entonces ya había descubierto mi llamada a formar parte del Opus Dei y había decidido irme a vivir a un colegio mayor.

Fue una etapa decisiva para explicarme a mí misma quién era y cuál era la razón de mi vida. Eso se reforzaba cada vez que tenía que narrarme ante los demás. Sucedió, por ejemplo, una tarde mientras estudiaba con una amiga. Ella insistía con gran entusiasmo en invitarme a una fiesta de la clase y yo le iba dando largas. Esgrimía muy variados argumentos hasta que al final, me espetó:

—Pero ¿es que tú no quieres ligar?

Le respondí con sencillez:

—Pues la verdad es que no.

Se quedó paralizada y, como me miraba boquiabierta, tuve que explicarle que yo ya tenía «mi partidazo», que era ni más ni menos que Dios.

—Entonces ¿no te vas a casar? —preguntó angustiada.

Y, sin dejarme responder, empezó a llorar. Hice lo que pude para asegurarle que yo era muy feliz, que tenía el corazón lleno de amor y que no echaba en falta nada. Ella necesitó tiempo para comprender mi forma de vida. Yo, hasta el día de hoy, no dejo de asombrarme de cómo puede darse esta maravilla.

Y por fin llegamos al culmen de la persona: el amor. La libertad no es una joya diseñada solo para satisfacer caprichos personales. La libertad me conduce a lo más alto a lo que puedo aspirar: a amar y ser amado. En los dos sentidos ejerzo mi libertad: para querer, cuidar y acrecentar lo que considero valioso; y para dejarme querer, cuidar y enriquecerme con los dones de los demás. Con el amor puedo aceptarme, integrarme, construirme como lo que estoy llamada a ser; y, a partir de ahí, darme a los otros, convivir con ellos: ensanchar las fronteras de mi biografía para enriquecerla mucho más.

De aquí surgen notas tan humanas como la alegría, la paz, la generosidad o la comprensión, el saber convivir con todos, el perdón.

El amor que arraiga en el hombre tiende a la unión íntima y a la comunión. Este es un deseo íntimamente humano. Un modo de realizarlo es el matrimonio; otro, el entregarse en cuerpo y alma a una causa noble y grandiosa, como cuando un hijo dedica todo su tiempo, alma y energías a cuidar de sus padres mayores y enfermos. Y otro modo de entregarse en plenitud, y de dar y recibir amor, es la llamada a ser y vivir para Dios con amor exclusivo. Lo peculiar de este último caso es que no lo puede decidir el hombre solo: siempre es iniciativa y regalo de Dios.

Dios te conquista fascinándote con su amor fiel e inmutable, y con la siembra de bien que quiere hacer contigo y a través de ti. Además, te pone por delante una promesa: la de mantener tu corazón rebosante para que puedas vivir con Él y para Él, y para que enciendas con ese amor a muchos más. Y de esa promesa

tienes que beber, día a día, paso a paso. A partir de ahí nadie puede ocupar el lugar que Cristo ocupa en tu vida, porque el amor que Él ofrece es inmediato y toca directamente al corazón. Es fundante: su amor precede todo lo mío y explica mi origen como ningún otro puede explicarlo. Es total, porque abarca absolutamente toda mi persona: historia, devenir, sentimientos, emociones, acciones, alma y cuerpo. No se puede amar de este modo a otro ser humano. Es fecundo, porque está llamado a que abras al amor a muchos más. Es real y tiene todos los ingredientes del enamoramiento humano: éxtasis o salir hacia la persona que se ama; coceptación y complacencia; intencionalidad, por la que no me basta vivir con el otro, sino que deseo vivir para el otro.

Cuando supe que Dios me quería con un amor de este estilo, me sentí «traicionada». Él, que había sido tan íntimo amigo desde siempre, había ido metiendo en mi corazón la ilusión de formar una familia y cuando empezaba a gozar en serio de los primeros amores me los quitaba, me los pedía de repente. Pasé meses de debate interior, pero iba entendiendo poco a poco que esos amores de juventud, intensos y verdaderos, habían sido, desde su punto de vista, ensanchamientos de mi corazón, entrenamientos para amar a Dios mismo, sí, pero con un corazón de carne y hueso, capaz de las variadas tonalidades y gamas de los afectos.

Al inicio de cualquier enamoramiento hay un elemento de admiración: el amado me ofrece una vida grande. Eso es lo que nos pasa frente a Dios: nadie puede hacernos una promesa de esas dimensiones. Con Él toda la vida queda iluminada e impulsada hacia el bien, pero es tarea tuya mantener ese fuego encendido, los músculos sueltos y fuertes para aguantar los sinsabores del amor. El amor te hace vulnerable: cuanto más quieres, más gozarás y más sufrirás. Si Dios te pide un corazón grande, donde quepan todos, los dolores están asegurados y las alegrías también.

HECHOS PARA LA FIESTA

La experiencia muestra que el ser humano es un sobrea-bundante de vida; tiene un infinito en su corazón y por eso

puede gozarse y celebrar compartiendo su riqueza. Su estado natural parece ser la fiesta, la alegría, el gozo. La felicidad que más le calza no es el bienestar individualista, sino el derroche de dones, el gozo multiplicado por el goce de los demás; el disfrute del pleno desinterés: la contemplación compartida de la belleza.

Inmerso en el tiempo, el hombre tiene la capacidad de no quedar atrapado en la vorágine del hacer o en la fangosidad de la rutina a través de la fiesta. El hombre puede festejar: crear espacios donde lo que prima es saborear la relación con otros hombres para celebrar un recuerdo, compartir alegrías, narrar o escuchar historias, para admirar la naturaleza.

Dos recuerdos entrañables de mi infancia están asociados a la fiesta. El primero sucedió en 1977, cuando el nuevo alcalde del pueblo decidió instaurar la Semana de los Niños. Una semana entera para disfrutar: hubo concursos, juegos, desfiles, actividades lúdicas y didácticas, y sueños hechos realidad, como el primer viaje en tren para muchos, la inauguración del parque infantil y hasta la venida de la viuda y el hijo de Fofó, uno de los payasos de la tele. El pueblo entero vivió para los niños y la alegría se multiplicó.

El otro ocurrió una tarde de invierno, sin más. Estaba en casa, estudiando, cuando mi madre anunció que venían a visitarnos dos vecinas: dos hermanas de edades parecidas a las de mi hermana y la mía. Nos traían un pequeño detalle: unos cuadernos para pintar y unos rotuladores. Miré a mi madre como diciendo: «Esto debe ser un error, no es nuestro santo ni cumpleaños: ¿tendremos que aceptar los regalos?». Ella me explicó con delicadeza:

—Estas niñas son vuestras amigas y tienen el gusto de ofreceros esto. Están celebrando vuestra amistad. ¿Hacen falta más motivos?

Por supuesto, habiendo vivido en tierras como Andalucía, Murcia, Valencia e Italia, la fiesta ha sacudido toda mi biografía, pero estos dos pequeños momentos me marcaron por su completa gratuidad, por el elemento de sorpresa que contenían y por su profunda sencillez.

MODOS DE TRANSITAR A LO HUMANO

Hemos aludido al tiempo y eso nos remite a una nota más: el hombre está *in fieri*: se va haciendo. Es un caminador, un viandante. No siempre acierta en sus rutas y no se le ahorran obstáculos. En ese avanzar por la existencia va reconociendo sus límites y coleccionando heridas, llagas, miedos y resistencias. El hombre es un caminante vulnerable. Pero esta vulnerabilidad, que puede empequeñecerle y como aherrojarle, muchas veces se convierte en gran fuente de realismo, en criterio y jerarquía de valores, en puerta de apertura al otro, en capacidad de dejarse amar y cuidar, gozándose en el hecho de ser un bien para el otro.

Además, la persona aparece en el mundo diversificada en masculinidad y feminidad: dos modos diferentes de conocer, sentir y amar, que modelan distintos rostros y corazones. Los dos están llamados al reconocimiento y a la afirmación recíprocos: al respeto por la igual dignidad, y a la admiración por las capacidades y dones propios de cada uno.

Durante la escuela primaria y secundaria tuve más amigos que amigas. Me parecían más sinceros, más sencillos, dinámicos y divertidos. Con ellos podías hacer tranquilamente toda clase de actividades: explorar cuevas, buscar tesoros, practicar deportes... No surgían los dimes y diretes o las pequeñas incomprensiones que se daban, a veces, con las chicas. Además, eran más originales en sus gustos.

Un día vino desde Nicaragua el sobrino de una amiga de mis padres, y nos pidieron a mi hermano y a mí que lo acompañáramos y jugáramos con él. Era un poco mayor que nosotros dos y, además, muy travieso. Lo primero que nos propuso cuando nos encontramos fue caminar por los tejados de las casas, saltando de terraza en terraza por el vecindario. No nos concedió tiempo para pensarlo; sin casi acabar la frase, ya se estaba encaramando por la pared de nuestra terraza. Le seguimos como pudimos, y así pasamos buena parte de la tarde. La prueba final consistió en caminar sobre el muro que hacía de recinto del pueblo y daba al cauce del río. Así íbamos felices, canturreando y sintiéndonos libres como pájaros, cuando escuchamos un estridente frenazo. Segundos des-

pués unos brazos fuertes nos agarraron a mi hermano y a mí, y los dos fuimos introducidos en el coche con mis padres, que por casualidad nos habían visto y estaban horrorizados. Este fue el abrupto final de ese día y de nuestra amistad con el pequeño nicaragüense.

Desde luego también me gustaba jugar con muñecas, componer canciones y poesías, hablar con mis amigas o simplemente estar con ellas, pero con los chicos encontraba mucha más adrenalina. Por eso, cuando supe que estudiaría el bachillerato en un colegio privado, femenino, no tenía muy claro el panorama. Me sonaba, de entrada, un poco aburrido. Sin embargo, me equivoqué. La verdad es que me vino muy bien ese ambiente para comprender más profundamente la fuerza de la mujer, su capacidad de trabajo, y aprender cómo desarrollar relaciones muy sólidas con las demás. Poco a poco me fui enorgulleciendo de aspectos que antes me resultaban lejanos, como el arte de la conversación o el valor de la confianza con las amigas más íntimas. Empecé a valorar más la importancia del cuidado a los demás e incluso el gusto por la cocina o el valor de un hogar bien llevado, que antes rechazaba por considerarlos estereotipos femeninos. Seguí pensando que son tarea de todos, pero entendí su trascendencia y dignidad. Pasar por ese colegio me reafirmó en mi identidad como mujer y, desde esa posición, pude apreciar aún más el valor de todos los hombres que formaban parte de mi vida.

En las últimas décadas nos hemos acostumbrado a explorar estas dimensiones de lo humano en términos tan antagónicos que nos resulta difícil acercarnos a esta realidad de modo pacífico y positivo. Hombre y mujer, mujer y hombre, están abocados a contribuir juntos al avance del saber, a cuidar y proteger la dignidad de la persona, luchando por el respeto de cada ser humano y de sus derechos; a cuidar y desarrollar el hábitat donde se despliega la vida; a mantener la armonía y el equilibrio entre las especies del planeta; a erradicar esclavitudes y crear espacios de expansión de la libertad; a fundar comunidades de amor y de vida. Están llamados a aportar con desinterés toda su especificidad humana, para dar lugar a una humanidad generativa de seres y de realidades, transformadora de entornos, superadora de límites.

Tengo la impresión de que, si bien en la actualidad muchos hombres han de aprender a reconocer a la mujer como una igual —valorarla, respetarla y darle su puesto en la familia y en la sociedad—, también la mujer ha de conocerse y reconocerse a sí misma, afirmándose en lo que le es propio: ser, con el hombre, generadora de vida, portadora de humanidad. No me parece el mejor camino que renunciemos a nuestra feminidad para conquistar entornos; me parece más coherente transformar esos entornos para que puedan ser enriquecidos por nuestra feminidad. Parafraseando a la doctora Ceriotti Migliarese —autora del libro *Erótica y materna*— podemos decir que, si la mujer pierde la conciencia de sí y de los dones que conlleva en sí misma, la vida de todos se empobrece, se vuelve árida y vacía.

También en este ámbito somos capaces de decidir nuestra actitud: o antagonistas o integradoras. Antagonistas cuando renegamos del hombre, considerando tóxica toda masculinidad, o cuando pisoteamos nuestra propia feminidad para —con valores supuestamente masculinos— conquistar ámbitos de poder. Integradoras cuando hacemos partícipe al varón, valorando su aportación, de un patrimonio que nos pertenece de una manera especial desde los orígenes de la humanidad: saber colocar a la persona, a cualquiera de ellas, en la cima de la escala de valores cotidianos.

20 DE JULIO, 1969. Neil Armstrong deja en la Luna la huella de lo humano: una huella que indica despliegue de ciencia y tecnología; compañerismo y solidaridad; conquista de un nuevo puesto en el espacio; conciencia de los grandes logros a los que el hombre llega con sus decisiones; fiesta y celebración con el resto de los humanos y también... límite de vulnerabilidad.

En los capítulos siguientes propongo diversos campos donde explorar esa huella de la humanidad sobre el planeta Tierra y más allá.